

INTRODUCCIÓN:
LA INVESTIGACIÓN INTERDISCIPLINARIA Y PARTICIPATIVA EN LA
UNIVERSIDAD, EL CASO DEL IER

POR: RICARDO DÁVILA L. de G. Y JUAN MANUEL SILVA

La investigación es un proceso complejo que involucra factores diversos que van, entre otros, desde la formación de los investigadores, las metodologías, las tradiciones científicas con las que nutren sus esfuerzos y propósitos, así como la financiación, la duración y alcance de los proyectos, las perspectivas de impacto y los espacios socioculturales en las que la investigación se produce como tal. Además de ello, la investigación la realizan personas e instituciones a través de procesos que encaminan o sesgan sus resultados. No podemos pretender que los conocimientos surjan en abstracto, tienen una historia y unas causas de diversa índole que llegado el momento en el que se revisan pueden no sólo sintetizar sus logros sino aportar o potenciar los desarrollos ya alcanzados.

La investigación es uno de los propósitos esenciales de toda institución de educación superior; pero en su desarrollo se presentan grandes obstáculos que impiden que no sólo se lleven a cabo proyectos sino que los trabajos emprendidos tengan un valor social significativo. Hemos considerado importante entrevistar a los gestores, directa e indirectamente, de la investigación en el Instituto de Estudios Rurales, sus relatos nos muestran cómo se han desarrollado sus proyectos y desde qué perspectivas y sobre qué bases conceptuales se montaron tales experiencias investigativas.

Más que una escuela estricta con metodologías precisas, tanto la Facultad de Estudios Ambientales y Rurales como el IER han permitido que coexistan diferentes orientaciones y que éstas se adecuen a los proyectos y programas emprendidos. Este modelo flexible y diverso surge posiblemente del tipo de investigaciones emprendidas, del hecho de tener que trabajar con comunidades dispersas y heterogéneas, de enfrentar realidades empíricas no trabajadas anteriormente en el medio, así como de la necesidad continua de entregar resultados concretos a corto y mediano plazo. Los investigadores, además, tenían que adaptarse a los entornos investigados más que confrontar modelos teóricos

con la realidad empírica. Todo condujo a que se mantuviera una amplitud tanto metodológica como epistemológica para formular y desarrollar los proyectos.

El tipo de proyectos que le sirvieron posteriormente de plataforma al instituto solían tener, en general, una relación directa con lo que se ha denominado desarrollo rural, lo cual requería mantener una interacción muy estrecha y continua con las comunidades objeto de los proyectos. Los proyectos exigían que los esfuerzos emprendidos tuvieran consecuencias mediables, pragmáticas en el futuro inmediato para las comunidades.

Estos presupuestos ayudaron a que se empezara a trabajar con algunas de las técnicas y de las teorías de la investigación participativa y a que, desde la perspectiva de lo que se denominó hace un tiempo como extensión para el desarrollo, se comenzaran a diseñar formas particulares y especializadas, adaptadas a las necesidades locales, que combinaran la investigación con la capacitación. La universidad, sin embargo, no pensaba dedicarse a realizar propuestas desarrollistas y tampoco quería restringir su actividad a la consultoría o a la asesoría externa. La participación plantea un proceso que dinamiza a los sujetos y a las comunidades involucradas. Existe un diálogo entre los actores y las diversas puestas en común en las que todos involucrados pueden beneficiarse. Es una manera diferente de ver la educación, en la que los roles se cambian porque lo que interesa es el beneficio guiado por el bienestar de todos.

El proceso mismo genera interdisciplinariedad en el desarrollo general de los proyectos en los que interactúan todo tipo de personas y de grupos sociales interesados, así como, por otro lado, también genera interdisciplinariedad, internamente, en el equipo gestor de la universidad.

Cambia no sólo la manera en la que se realizan los aprendizajes, convierte la investigación y el aprendizaje en un proceso interactivo en el que los roles no son estáticos, ya que no se encuentran tan definidos como suele ocurrir en la llamada educación formal. El sentido de la noción de verdad en la interdisciplinariedad se dinamiza, por lo menos, hasta cierto punto, porque esos mundo compartidos de la modernidad son relativos. La interdisciplinariedad “es un mundo de no certidumbres”, como bien lo afirmó en una de las entrevistas Elcy Corrales. Lo local podría, por ejemplo, verse desde otras ópticas en las que todos tienen algo que aportar y en las

que las decisiones que se tomen serán concertadas. Nociones tan abstractas, como el relativismo contemporáneo, se ejercen y se prueban en los proyectos en los que la transformaciones y el aprendizaje los regula la labor en equipo. Así como la investigación se renueva, el sentido, el lugar y los roles de los procesos de educación sufren igualmente una transformación radical. Teoría y práctica, en conclusión, se conjuntan y crean escenarios de realización en los proyectos que persiguen tanto una mayor comprensión de la “realidad” como el bienestar colectivo.

Ese diálogo se enmarca, desde una perspectiva holística, en lo que Francisco González en su entrevista considera que es un tipo de acción “enmarcada en lo local, enmarcada en una dimensión ético-política propia de la comunidad; pero, también, enmarcada en un nivel global, en una dimensión ético-política propia de la sociedad moderna”, porque lo regional y lo local deben encontrarse. Deben hacerlo sin que, necesariamente, el centro, por denominarlo así, asalte y subyugue a la periferia. La universidad tiene una función social frente al conocimiento, no sólo una función cognitiva, universalizadora que propugne a ultranza por ampliar las fronteras del saber.

Existió, desde un comienzo del macro proyecto de investigación, y gracias al interés de todos los que han trabajado en este proceso, una inquebrantable voluntad y curiosidad investigativa. Lo cual ayudó significativamente a que proyectos teóricos y esencialmente académicos, comprensivos de la realidad rural y de otras realidades investigadas, siguieran desarrollándose. Lo que se veía era que los actores del llamado desarrollo, extensionistas, técnicos y las organizaciones que lideraban los procesos de gestión, eran fuentes y actores simultáneamente de las investigaciones que se pretendían realizar.

Las consultorías desarrolladas por la universidad a SEPAS, así como la valoración de proyectos de desarrollo regional y local como el DIR en zonas específicas del departamento de Santander, brindaron a los primeros investigadores de los equipos en gestación experiencias e instrumentos para analizar las dificultades de los programas de extensión y para descubrir la importancia de los tejidos sociales en los procesos de gestión, así como para entender la dificultades y necesidades de los líderes comunitarios y de la pastoral social de la Iglesia. Se conocieron tanto las problemáticas de los grupos de productores, así como las problemáticas de la comercialización de los

productos y de la gestión financiera en regiones del país que así fueran marginales poseían dinámicas propias de desarrollo. Estas problemáticas ayudaron a definir los intereses de los investigadores, así como los prepararon para desarrollar posteriores proyectos que sobrepasaban los límites geográficos de las zonas iniciales en las que se desarrollaba la incipiente investigación-acción.

Un proyecto de carácter nacional, el SENA-DRI, le sirve a los investigadores para continuar desde la experiencia su aprendizaje, así como para comprender que los procesos de capacitación a personas con conocimientos de las regiones abrían un conducto de investigación no contemplado antes. No sólo eran personas y organizaciones conocedoras de la región, contaban con contactos entre los productores y sus familias. Constituían, por consiguiente, informantes especializados que no podían desaprovecharse.

Nuevos proyectos como el de la Fundación San Isidro enfrentaron los lenguajes académicos y los saberes con la realidad sociocultural y con las dificultades de comprensión de los mismos interesados. Y más que convertir tal diferencia de intereses en un negación de los fenómenos vividos por las comunidades, la academia vio en ello la gran oportunidad de aprender del acervo social de las comunidades, de conocer la lógica interna de sus procesos y de proponerles a sus actores categorías e instrumentos para ampliar su conocimientos tradicionales. Esto produjo la necesidad de revisar las estrategias de trabajo, así la de tener que trabajar con esas comunidades en la búsqueda de un lenguaje común.

Investigar de esta manera requiere de ciertas habilidades y de un talante especial, no fácilmente alcanzable por parte de los investigadores. Las metodologías más que improvisarse están prontas a anticiparse a los cambios y contingencias de la interacción social. Se requiere de juicio, de intuición, de creatividad, así como de sólidos conocimientos académicos que deben poder ser utilizados e incluso transformados radicalmente para el logro y renovación de los conocimientos sobre los problemas locales. Como dijo en su entrevista Jaime Forero, y que podemos citar a modo de ejemplo: "Es a partir del conocimientos campesino, pero también del conocimiento académico, que se crean las soluciones". Más que el desarrollo de habilidades didácticas para el acercamiento con las comunidades o para enseñarles técnicas y procedimientos,

ya que no se está haciendo propiamente investigación-extensión, se requiere de una revolución en el enfoque, porque hay que preguntarse desde un comienzo qué tipo de conocimientos son los que se pretenden alcanzar y hacia dónde y cuál es el sentido del desarrollo que se quiere proyectar. Si éste es local, realmente, o si esconde sólo, o principalmente, los intereses externos a los de las comunidades.

En todos los proyectos confluyen diferentes experiencias vitales, no sólo la de la polaridad entre investigadores académicos y comunidad sino, también, la de los mismos investigadores que vienen de diferentes disciplinas. Administradores, economistas, sociólogos, antropólogos, comunicadores, filósofos comienzan a interactuar como equipos de trabajo, vinculando luego agrónomos, biólogos, ecólogos, ingenieros, geógrafos entre otros. Y lo que en principio pudiera parecer una superposición de disciplinas tiende a dejar de serlo por la obligación de hallar puntos de encuentro para desarrollar el proceso investigativo con las comunidades, así como para cumplir los requerimientos institucionales y presentar resultados concretos y darlos a conocer como informes, como artículos y libros que empiezan a ser entregados y, en ocasiones, evaluados por las comunidades. Un efecto necesario ha sido, como bien lo ha insinuado en su entrevista Edelmira Pérez, el de tener que desmitologizar la investigación, porque requirió pensar qué tipo de investigación y quiénes deberían hacerla, ya que no todos por mandato tienen las habilidades sociales y cognitivas, a más del interés y de la capacidad de soportar la incertidumbre que genera adentrarse en campos inexplorados, los que pueden ser inhóspitos o áridos. "Hacer investigación es un problema de vocación" afirma, y mucho más si este tipo de trabajo se desprende de las bibliotecas y se convierte en un viaje por las comunidades y sus problemas y necesidades.

El investigador tiene que comprender que ya no es la teoría abstracta, tampoco el ente financiador, el que le dicta que objetos han de ser estudiados. La comunidad entra a participar en tales procesos, puesto que determina qué le interesa y qué no, incluso señala las regiones y los espacios sociales en los que se ha de trabajar. En la universidad, en la academia, es difícil, incluso aún hoy, realizar proyectos con equipos interdisciplinarios, porque no existe un motivo estricto, porque no hay una vinculación directa con problemas a los que conduce el deseo de bienestar general o de desarrollo de una comunidad o grupo local. Varios proyectos del instituto permitieron vivir esta

experiencia, se nutrieron de tales necesidades, pues giraban en torno a la gestión y al interés por el mejoramiento de las personas, de los grupos veredales y municipales que querían encontrar alternativas concretas e inmediatas para su falta de oportunidades y de bienestar. La academia no tiene que continuar separada de las realidades locales.

La academia, además, tiene que aprender a administrar la investigación. Como lo afirmado en diferentes ocasiones y de distintos modos, Ricardo Dávila. La investigación requiere de meterse en ella, de alejarse de los presupuestos abstractos y formales, porque se trata de conformar una experiencia y de recorrer un camino en el que los problemas no son obstáculos insuperables porque hacen parte del proceso.

No todo debe detenerse por falta de recursos, de formación de los investigadores o por la sobre-imposición de metodologías generales que se anteponen a la realización de los proyectos o, lo que es peor, de formatos y de exigencias institucionales y burocráticas que distorsionan aún más los aún endeble proyectos en gestación de los investigadores y/o de las comunidades. No existen, en síntesis, recetas para hacer investigación, no totalmente. Se requiere creatividad, talento y sobre todo disposición tanto individual como institucional para profundizar en los trabajos de investigación. Tales competencias pueden conducir, por ejemplo, a intercambios con otros investigadores más preparados y a la creación de grupos de trabajo en lo que se generan y profundizan las llamadas preguntas o el sentido social y conceptual de una investigación. Hay que desarrollar, en la práctica, con distintas y disímiles estrategias, las dinámicas que produzcan la investigación y no requisitos y estrategias que simplemente la pospongan indefinidamente.

Se empezaron a realizar seminarios prácticos de investigación en los que tanto los profesionales como los estudiantes tenían que reconocerse de nuevo en los ambientes y en las situaciones locales. Se tuvo que trabajar por tanteo, por el método del ensayo y del error, hasta adquirir o reforzar las destrezas a las que obliga el tener no sólo que intentar comprender sino tener que formular alternativas de desarrollo en entornos marginales. Importan los procesos, no sólo los resultados inmediatos. Se generan grupos de trabajo, equipos, se le da una función social al conocimiento y se persigue desde los primeros seminarios y proyectos la unión entre docencia e investigación. Primero, internamente, con estudiantes de las facultades, luego, externamente, con

miembros diversos de las comunidades. Dice Ricardo Dávila en la entrevista: “El enfoque permitió socializar los trabajos de investigación y convertirlos en hechos significativos para los grupos con los que se interactuaba”. La educación, entendida desde su proyección a la sociedad, determina y orienta a la gran mayoría de los proyectos desarrollados.

Realizar investigación a partir de procesos de gestión local y regional obliga a apartarse de los cánones ortodoxos y guiados por metodologías descontextualizadas de las historias vividas por las comunidades, así como a preguntarse no sólo por la rigurosidad y validez objetiva de las informaciones recolectadas. El investigador se obliga a pensar y a cuestionar la pertinencia de los procesos realizados y a analizar la importancia de las particularidades de cada región.

La investigación no depende estrictamente de la conexión con un marco de referencia, busca caminos que la acercan a los deseos y las necesidades de los investigados. Al vincularse a proyectos de desarrollo específicos, con comunidades pequeñas que contaban con algunos recursos, los investigadores garantizaron de paso cierta independencia frente a sectores que politizaban la investigación participativa. Al mantener al interior de los equipos personas con intereses teóricos, incluso desde modelos clásicos, se garantizaba también que existirían mecanismos de autorregulación objetiva y científica en la misma gestión investigativa. Esa libertad, en vez de dispersar los esfuerzos, ha posibilitado un mejor control de los trabajos, pues los investigadores en problemas cuentan con apoyo diverso y especializado, cuentan con otras perspectivas para el análisis.

La academia se ha visto forzada, para bien, a aterrizar en la realidad de las instituciones y de los grupos interesados en potenciar sus regiones. Sin embargo, este aprendizaje no ha dejado de tener contratiempos, como cuando los inmersos esfuerzos del proyecto Chicamocha se vieron diluidos en algunos municipios debido a intereses cerrados y a la competencia y al celo inter-institucional que suele borrar con una mano lo que la otra acaba de hacer. No obstante este proyecto no sólo dejó mapas y planes estratégicos para las localidades, reforzó las formas de capacitación colectiva o comunitaria que luego serían implementadas en el proyecto con el Instituto Campesino de Buga y en otras experiencias en diferentes partes del país.